

Latidos (de vainilla y 'puedeser')

Se ahorra sólo al derrocharlo

Todo aquello que en verdad vale (de valor, que no de precio) no se gasta ni estropea: tan sólo caduca por su falta de uso. Todo aquello que en verdad sirve (de servicio, que no de utilitario) cuenta con pozo infinito: se esquilma sólo en su abandono.

Sorprende, por ese motivo, mostrarnos tan cicateros con aquello que no nos cuesta: se adquiere cuando se presta, se nos regaló... para compartirlo.

A veces en las aulas surgen programas y temarios que provocan –sin remedio– desmayo; que te bajan –para siempre– la tensión. Existe cierto –¡ay!– “conocimiento”... que te hace perder todo el ídem.

A veces en las clases se cuentan –sin duda– muchas cosas (en el sentido más *cosificado* del término); y no siempre se transmite pasión. Para *contagiarla*, claro, hace falta antes tenerla; y el buen profesor –no lo olvidemos– no enseña por saber mucho: enseña porque hace aprender.

Hay una enseñanza primera y fundamental; una enseñanza

que posibilitará el resto de aprendizajes, saberes y destrezas. Se trata de estímulo, entrega, ganas, y arrebato... Aprecio por la curiosidad y la duda; afán por seguir aprendiendo; satisfacción –tan saludable– por andar *perdido* en estas tierras.

Yo no estaba, lo reconozco. No llegué a escucharle en directo, aunque sí tengo entendido que lo dijo. Lo que Montaigne pensó para el infante (“no es una botella que hay que llenar, sino un fuego que es preciso encender”), resulta igual de válido para la edad universitaria.

La Universidad, sin embargo, no acostumbra a arder en llamas: siendo el entusiasmo algo tan *contaminante*, y tan *contagioso*, y tan *inflamable*... ni brotan enormes pandemias, ni prenden grandes hogueras.

El entusiasmo, sí, se ahorra sólo al derrocharlo; pero a veces –me temo– se escatima.

Oscar Sánchez Alonso

oscarsanchez.alonso@upsa.es